

tengo una bota que no flaquea por lo presente, y si queréis acariciarla, pagaré bien vuestros favores.

—Sea como lo pedís, señor montero, tanto por complacer á un buen amigo, como por no desairar á una dueña. A vuestra salud.

Enrique llegó la bota hasta sus labios, la sostuvo en ellos algun tiempo aparentando que bebía, y despues la entregó á Fortun.

—No me habeis de ganar, señor paje, ni en lo bebedor ni en lo cortés. A la salud del noble infante, de la hermosísima Doña Inés y del leal paje de D. Juan.

El montero empuñó la bota, y á fé que no fué por cumplido, pues se le hincharon los carrillos, y apenas bastó su garganta para transmitir al estómago la enorme cantidad de vino que habia recibido su boca.

—A propósito de vuestro brándis, dijo el paje: ¿estais decidido á cumplir lealmente cuanto ofrecisteis á D. Juan?

Esta pregunta inesperada amargó un poco el sabrosísimo trago que acababa de echarse al estómago el buen Fortun, y moviendo la lengua cien veces, como si saborease su vino, respondió á Enrique con gran calma:

—Cuando un viejo zorro se acerca á las inmediaciones de un corral, mira y husmea antes de traspasar las tapias; pero una vez dentro, no sale sin su compañía de gallinas. ¿Me habeis entendido, señor paje?

—Medianamente, y segun creo estais dispuesto en su servicio.

—Así es la verdad.

—Señor montero, Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, dijo el montero maquinalmente; pero su rostro se contrajo y se estremecieron sus miembros.

—En este supuesto, prosiguió el paje, debéis preparar los caballos, pues antes de la media noche dejaremos este castillo y marcharemos á Aragon.

—¿Esta misma noche, señor paje?

—Esta misma noche sin falta. Conozco que es grande la prisa: quizá los peligros son grandes, y necesita el señor montero mucho valor y diligencia; mas yo le ofrezco, á nombre de D. Juan, una recompensa crecida y una gratitud sin ejemplo.

—¿No pudiera dilatarse algun dia para tomar bien las medidas y no perder quizá el golpe?

—Es imposible detenerse. El rey D. Pedro está en Carmona.

—¿Está el rey dentro del castillo?

—Sí, señor montero; y como entre el rey y el infante median graves resentimientos, quiere abandonar mi señor lo mas pronto posible el lugar que habita su hermano.

Fortun escuchó atentamente, volvió á pasar la lengua muchas veces por sus labios vinosos: sacudió su enorme cabeza con el mismo compás de

un péndulo, y poniendo su mano sobre el hombro del jóven paje, le dijo con cordial acento:

—Ha saltado el zorro las tapias y no ha de marchar sin gallinas. Antes que sea la media noche estará todo preparado, y la gacela y el tigre real bastante lejos de Carmona.

—Os conducís, señor montero, como un jabalí de corazon. Voy á noticiar al infante vuestra disposicion á servirle y á precipitar la partida.

Poco á poco, mi señor paje; tengo que comunicar instrucciones al fiel servidor del infante, y necesito que me ayude.

—Con toda mi alma, señor montero. No reparéis en mis pocos años ni en la cortedad de mis fuerzas: cuando se tiene corazon, ejecuta el brazo cuanto la cabeza discurre. Mandadme, pues, señor montero, que todo se ejecutará pronto, con discrecion y con valor.

Fortun volvió á lamer sus labios, y acercándose al jóven paje que le miraba de hito en hito le habló así con grande misterio:

—Dentro de una hora, señor paje, estaréis en este aposento: yo habré tomado mis medidas y nos restará solo obrar. Juntos que seamos, entraremos por esta puerta, que comunica como sabeis, con la caballeriza del castillo; sacaremos cuatro caballos, cuyos cascos forrados en pieles no resonarán en el silencio, y con la ayuda de un amigo los harémos salir al campo. Quedaréis guardándo-los allí mientras penetro en el castillo para conducir como zorro, al tigre real, á la gacela, y á esa nutra de Barrabás que no dejará de estorbarnos.

—Teneis la cabeza de un zorro, y es admirable vuestro arreglo. Una sola condicion me embaraza, y voy á decirlo al momento. No me gusta, amigo Fortun, abandonar estas murallas, ni un punto antes que D. Juan.

—Pues es indispensable hacerlo, ó renunciar á la partida.

—¿Si fuera por mí, señor montero, Dios solo sabe lo que haria!

—¿Vendréis á la hora, señor paje?

—No faltaré, señor montero. Dios os dé fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del rey Alonso.

—Amén, volvió á decir Fortun.

Enrique atravesó el gran patio que inundaba la lluvia, y que alumbraban los relámpagos.

CAPITULO XVI.

Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegries y a Gomeles
Reveló el secreto agravio.
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Así que hubo salido el paje, echó aceite Fortun á su lámpara y fué á sentarse sobre el banco en

que estaba haciendo su cena. Tropezó al paso con la bota, y por no perder la costumbre bebió un par de tragos seguidos, haciendo un pequeño escurrío, como si lo encontrase mal.

—Vamos á formar nuestras cuentas, dijo Fortun; porque me voy viendo tan enredado como un viejo ciervo en la maleza. Me pidió el alcaide que espíase todos los pasos del real tigre, y yo he contado al zorro astuto todos los planes del infante. Para conocerlos á fondo me he presentado muy su amigo, y reclama mi proteccion en un importante negocio. Fortun, tú podías hacer mucho en su obsequio y dejar de ser vil raposo, para presentarte en el monte como un jabalí de diez años.

—Mas si se malogra el proyecto? ¿si no caminase la gacela ó la maldita nutra entorpece? se te lo lleva el demonio, y no vuelve á pasar mas vino por este gaxnate de culebra, que al fin se ha de comer la tierra, pero que procuraré yo sea todo lo mas tarde posible. Por otra parte, D. Lope de Hínestrosa paga, y no está en el orden engañarle. El no querrá hacerse ninguna gorra con la hermosa piel del real tigre, ni descuartizar á la gacela. Voy á contárselo en el momento, y Dios haga lo que le agrade. Mas se me ocurre un tercer medio, que puede conciliarlo todo. Diré al jóven paje que es imposible la salida, que está bien guardada la cueva y que hay muchos perros en acecho. De esta manera no se marchan, cumplo medianamente con D. Juan, y no perjudico al alcaide. También encuentro aquí sus contras. ¿Qué ventajas reportaré de haberme metido en las zarzas? Ninguna. El infante me dará al diablo porque no cumplo mi promesa, y el viejo zorro se proporcionará otro perro que levante mejor la caza. Luego, la presencia del leon. . . ¡Oh! hermoso animal es D. Pedro. En sus arrebatos sangrientos me parece un lobo que entra en un mal guardado redil, y que degüella mil ovejas antes de probar un bocado. Entre los señores del reino me parece un jabalí cerdoso, que despedaza velozmente á cuantos lebreles le acosan: ¡vive Dios! que una gran fiera es tan bella como un torrente que todo lo arrastra á su paso.

Muchísimas comparaciones hubiera hecho todavía el montero, á no sentir los recios golpes con que llamaban á su puerta.

—¿Quién va? preguntó el buen Fortun con su desapacible voz.

—Abre con diez mil de á caballo, gritó una voz no menos áspera, que está granizando y lloviendo mas espeso que las flechas de una batalla.

El montero se apresuró á abrir, y se encontró frente por frente con Garci-Díaz de Albarracín.

—¿Pardiez! exclamó dando una palmada Fortun: ¿qué vientos han traído por aquí al señor ballestero de maza?

—Unos vientos algo tormentosos, si he de juzgar por esta noche.

—Siéntese y beba Garci-Díaz, que de un valiente oso de montaña, se ha trasformado en ballestero de la guardia del real leon.

—Sí, amigo Fortun; he cambiado el colete de

cuero en estas escamas de hierro, y en vez de cazar jabalíes me he dado á la caza de hombres, que mordiscan con alabardas, como aquellos con sus colmillos.

—¿Y has ganado mucho en el cambio?

—Así, así, valiente montero. Y si han de romperme la piel, lo mismo me da que lo haga un lobo, que un ballestero de Aragon.

—Muy bien hablado, amigo Garci; pero ¿cómo ha venido el oso á buscar esta madriguera?

—Llegué esta mañana á Carmona en la compañía de su alteza.

—¿Acompañas al rey?

—Soy, como tú dirías, su lebrél, y como yo digo, su alférez.

—Eso se llama, amigo Garci, estar cazando en un buen soto.

—También puedes cazar en él si quieres hablar como amigo, y como su alteza pretende.

—Espícate un poco mas claro.

—Voy á probarlo, amigo Fortun. Aquí donde me ves, montero, soy un parlamentario del rey que viene á proponerte hablar.

—¿Estás loco?

—Tengo mi juicio tan en caja como una pelota en un tiro. Tú has tenido una conferencia secreta con el alcaide del castillo.

—¿Yo?

—Sí; es en valde que me lo niegues. En el corredor encontraste un hombre, y ese hombre era el rey.

—Es verdad.

—El alcaide te dió una bolsa bastante repleta de oro y te dijo: "Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo."

—Es verdad.

—Ahora quiero que tú me digas, qué encargo de tanta importancia te ha encomendado el buen D. Lope.

—Nunca faltan cosas que hacer entre un buen cazador y un buen perro. Tú eres el alférez del rey, y yo soy el lebrél del alcaide.

—No estoy mas enterado, Fortun, con esa respuesta tan vaga, que si me dijese un capitan "escarmienta á los enemigos," sin decirme en donde se hallaban, Te quisiera un poco mas claro.

—Hay matorrales tan espesos, que no se distingue un jabalí, á no ser por las ramas que troncha.

—Esos matorrales se queman, dijo una voz ronca y vibrante, y se presentó el rey D. Pedro.

El ballestero se descubrió, Fortun se hizo atras algunos pasos y el rey continuó velozmente:

—Soy el rey D. Pedro de Castilla: deseo conocer el secreto que media entre el alcaide y su lebrél. Si me lo dices sin tardanza, tendrás recompensa cumplida; si vacilas un solo instante, te mando cortar la cabeza, y mi ballestero Garci-Díaz, cumplirá fielmente mi encargo.

El ballestero hizo un saludo, y Fortun le miró con recelo.

Era tan resuelto el lenguaje con que se espli-

eaba D. Pedro, y la disyuntiva tan grave, que todas las potencias de Fortun se acrecentaron por ensalmo, y resolvió en un solo instante las mas complicadas cuestiones.

—¿Hablarás? le preguntó el rey.

—Todo cuanto mande su alteza.

—¿Qué encargo has recibido del alcaide respecto al infante D. Juan?

—Seguir sus pasos como un podenco al conejo que va de huida.

—¿Y qué has averiguado hoy?

—Que el tigre real, como llamo yo al joven infante, quiere dejar su madriguera con esa gacela de ojos negros á quien llamamos Doña Inés.

—¿Y cuándo piensan escaparse?

—Eso no lo sabe D. Lope.

—¿Pero lo sabes tú, montero?

—Yo!

—Sí, tú. ¿Qué ha venido á decirte Enrique, el joven paje de D. Juan?

Atacado Fortun en su trinchera reservada, no supo mentir con descaro, y balbuciendo dijo al rey:

—Me ha dicho que antes de llegar la media noche, hemos de salir del castillo.

—¿Cuentan contigo para la fuga?

—He ganado su confianza, y así conozco bien sus planes.

—No me pareces desmañado. ¿Y qué has respondido al buen paje?

—Que venga aquí dentro de una hora para conducir los caballos que deben servir en la marcha.

—¿Y qué pensabas hacer, Fortun?

—Comunicar al buen alcaide cuanto acabo de decir á su alteza.

—Mejor es callarlo, montero.

—Me reprenderá, y mi deber...

—Tu deber es obedecerme de grado, y si no pasarlo muy mal por la fuerza. No verás á Hinestrosa; cumplirás al paje tu oferta, y nada mas tienes que hacer.

—Todo se hará como mandais.

—Adelantarás mucho en ello. Mi venida aquí es un secreto que podrás publicar mañana sin peligro; pero que guardarás esta noche, si te hallas bien con tu cabeza. Adios, viejo lobo: el leon de Castilla no duerme.

—Adios, antiguo camarada, dijo el ballestero á Fortun; acaricia bien esa bota; resolucion y ancho pecho.

—Ese hombre es el diablo, dijo Fortun.

CAPITULO XVII.

Y pensará por ventura,
Que soy yo la de Albornoz,
Que oye temblando su voz,
Y obedece? ¿Qué locura!
LARRA.

De dos en dos subia el buen Enrique las escaleras del castillo, para noticiar á su señor el buen éxito que habia tenido su comision cerca del montero.

Impaciente estaba D. Juan, tanto por la tardanza del paje, como por la furiosa tormenta que sentia rebramar cercana.

Cada vez que azotaba el granizo los pintados vidrios del castillo respiraba con hondo afán, y la luz siniestra del relámpago bañaba de sudor su rostro. Estaba casi arrepentido de haber propuesto á Doña Inés una fuga en noche tan áspera; y sin la presencia de D. Pedro y el amor que habia manifestado á la pupila de Hinestrosa, tal vez hubiera dilatado el infante para una noche menos brava la fuga que anhelaba llevar á término.

En medio de sus temores y de sus dudas oyó el infante algunos golpes dados en su puerta, y persuadido que seria Enrique quien á su aposento llamaba, se apresuró á ponerla franca.

—Anhelaba mucho, D. Juan, dijo el alcaide presentándose, poder hablaros un momento, despues de cuanto ha sucedido.

—Tomad asiento, si gustais, y podréis decirme cuanto ocurra, respondió el infante disimulando su impaciencia.

—Procuraré esplicarme pronto, pues está bien adelantada la noche y necesitaréis descanso.

—Como os plazca mejor, D. Lope.

—Me habeis hecho una confianza, que creo oportuno recordaros.

—La de mi amor hácia la huérfana, repuso el infante con sarcasmo.

—Precisamente.

—Y vendréis ahora á noticiarme, que habeis meditado mi propuesta, y que considerándola justo condescendeis sin dilacion.

—Todo lo contrario, D. Juan.

—Señor alcaide, no llegaremos á entendernos y malgastaréis las palabras. La noche avanza, como habeis dicho: demos los miembros al descanso y las imaginaciones al sueño.

—Es tan importante, D. Juan, lo que he venido á proponeros, que no marcharé de esta estancia sin que atendais á mis razones.

—Si así habeis de hacerlo, acortadlas y os deberé gratitud, D. Lope.

—¿Recordais cuánto ha sucedido durante nuestra triste cena?

—Muy bien lo recuerdo, Hinestrosa. Se han servido buenos manjares, que hemos probado escasamente, se han cruzado malas razones, y se ha derramado una copa.

—¿Y sobre quién cayó aquel vino?

—Sobre quien estaba mas cerca.

—¿Y á quién dirigisteis las razones?

—A quien provocaba mi saña.

—Manchasteis al rey de Castilla y habeis injuriado á D. Pedro.

—¿Y qué queréis decir? alcaide.

—Que habeis ofendido al monarca.

—Soy hijo de Alonso el Onceno, y haciendo gran merced al rey le concederé el mismo origen. Si es reprenderme vuestro ánimo, dejadlo para otra ocasion, que va adelantando la noche.

D. Juan abandonó su asiento; dió algunos pasos por la estancia, y tomando de sobre la mesa

el candelabro que alumbraba, se dirigió hácia el corredor como para despedir á D. Lope.

—Podeis sentaros, noble infante, dijo el alcaide sin moverse, pues no dejaré el aposento hasta acabar mi comision.

D. Juan dejó su candelabro y ocupó de nuevo un sitial.

—Tambien sabréis, señor infante, que ha visitado el soberano á mi hermosísima pupila.

—Lo sé, y que ha llevado su imprudencia hasta requerirla de amores. El asesino de Avendaño busca el cariño de su hija. Cosas son, D. Lope, tan estrañas, que si no encendiesen la sangre, causarían compasion ó risa.

—Mucho deberiais alegraros de esa pasion del rey D. Pedro.

—¿Alegrarme de que sus ojos hayan contemplado á la virgen! ¿Alegrarme de que sus labios hayan respirado junto á ella! ¿Alegrarme de que en sus sueños pueda extasiarse con su imagen, ceñirla con sangrientos brazos, y tributarla torpes caricias! No, D. Lope. Ya que la ha mirado el monarca, quisiera contemplarle ciego, y arrebatarle la memoria para que no pensase en Inés.

—Mucho mas acertado seria dejarle ciego, para que no contemplase la mancha que habeis echado sobre sus ropas; arrebatarle la memoria, para que no recordase la afrenta que habeis esculpido en su frente. La tranquilidad del monarca es un preludio de su venganza, como la calma de los mares un anuncio de tempestad. Creedme, infante: un solo medio se presenta de poner dique á su furor.

No sé por qué temo escucharlo; mas si es digno de un caballero, podeis decirlo cuanto antes.

—¿Me dais palabra de escucharme sin interrumpirme hasta el fin?

—Teneis, D. Lope, mi palabra.

—Os he dicho hace pocos instantes que el rey D. Pedro ama ciegamente á la huérfana de Avendaño. Este amor del rey, lejos de ser correspondido, es rechazado duramente; y si llega á trocarse en odio producirá miles de desgracias.

No ignora el monarca, que sois vos el objeto amado de mi pupila Doña Inés; y os mira por lo tanto como á peligroso rival. Si unís los celos á la memoria de la ofensa que de vos recibió esta noche, encontraréis justo motivo para temer su enojo insano. Evitar el golpe es prudente, la manera no difícil. Vos teneis un grande ascendiente sobre la huérfana, y si la proponeis que admita los galantes obsequiosos del monarca...

—D. Lope!

—Habréis adelantado mucho, para seguridad comun.

—D. Lope!

—Me ofrecisteis no interrumpirme y guardais muy mal la palabra.

—¿No habeis acabado Hinestrosa?

—Todavía no, joven fogoso.

—Pues continuad, que os escucho.

La luz de los ojos de D. Juan se confundia

con la del relámpago, y su aliento con el huracan que bramaba.

—No es mi ánimo, continuó el alcaide, que la huérfana pase á ser dama del monarca de las Castillas: solo quiero le dé esperanzas, y que trueque su duro ceño en un halago cortesano. Esto solo exige de vos por vuestra seguridad, infante.

—¿Habeis acabado, D. Lope!

—Nada mas tengo que añadir.

—Pues respondedme y escuchadme. ¿Soy amante de Doña Inés?

—Así lo creo.

—El hombre mas vil tiene nobleza cuando se trata de su amor. El crea en el hombre un honor nuevo: el tímido se hace valiente, y el poco pundonoroso hidalgo. ¿Soy yo caballero, D. Lope? —No conozco de vuestra vida ninguna accion que lo desmiente.

—¿Y por su seguridad propia debe esponer un caballero la seguridad de una dama? ¿Por evitar el propio riesgo debe menoscabar un noble la honra sin mancha de una doncella bien nacida? ¿En dónde habeis hallado, D. Lope, esa manera de ser noble?

—Arriesgais, infante, la vida.

—¿De qué me serviría conservarla habiendo perdido mi honor? ¿Querriais que pudiera decir Doña Inés que todos los hombres son cobardes? ¿Que todos deseuidan la honra cuando hay en guardarla peligro? ¿Querriais que pudiera repetir la huérfana, que la abandonaba su amante con la misma poca hidalguía que la abandonó su tutor? No, D. Lope: el poder de veinte monarcas no logrará nunca atterrarme: y antes de tocar á Doña Inés traspasarán mi corazon.

—Pensad, D. Juan, que os va la vida.

—Salid al instante, Hinestrosa, que ya me infama el escucharos.

—Pensadlo, D. Juan...

—Salid presto. Y arrástrandole por el brazo le condujo hasta el corredor.

CAPITULO XVIII.

La tierra nos negaba hasta un asilo,
La lluvia nuestros pasos atajaba:
Bramaba el huracan, el cielo ardia,
Las centellas en torno serpeaban.
MARTINEZ DE LA ROSA.

BAJO el influjo de una pesadilla se creia el infante D. Juan: tan estraña le parecia la solicitud del alcaide. Estregó sus ojos varias veces, como para conocer si dormia, y mientras mas se cercioraba de estar despierto, mas estraña hallaba la conducta del viejo alcaide de Carmona.

Un caballero como D. Lope haber aconsejado al infante una accion tan vil y tan cobarde, revelaba ó mucha villanía en Hinestrosa, ó que muy bajo concepto tenia de la nobleza de D. Juan.

Cuando se fijaba esta idea en la imaginacion del joven sentia haberle dejado salir sin arrancar-

le el corazón, para descubrir en sus senos la explicación de tal enigma.

Luchaba mas y mas su mente cuando se presentó en la estancia el joven paje cubierto de granizos que bordaban todas sus ropas.

—¿Cuánto has tardado! buen Enrique.

—Mucho he tardado á la verdad; pero sin tener yo la culpa.

—Así lo creo, mi buen amigo. ¿Y qué ha respondido Fortun?

—Condesciende á vuestros deseos. De aquí á una hora debo encontrarle para conducir los corceles á las afueras del castillo.

—¡Oh! qué felicidad, buen paje.

—Si cabe felicidad en una noche tan borrascosa como esta.

—¿Cuándo has temido á la lluvia?

—Por mí no temo á las tormentas; pero me causa compasión esa pobre dama, que habrá de cabalgar sobre un corcel, en noche tan oscura y medrosa, que no habrá bruja que cabalgue sobre el negro tronco de escoba; y eso que es sábado, D. Juan.

También yo siento que mi esposa sufra el rigor de la tormenta, pero es imposible detenernos.

—Hágase como desees.

—Llega á la estancia de Doña Inés y adviértela que esté dispuesta para de aquí á una hora, Enrique; yo iré á buscarla á su aposento y la conduciré hasta el patio, en donde esperará Fortun para conducirnos al campo.

—Se hará como me lo mandais.

El paje salió en el momento, atravesó con el mayor sigilo los largos y estrechos corredores, y llamó con golpes discretos al aposento de la huérfana.

Reunida estaba ya Beatriz con la pupila de Hínestrosa; y como desde su aventura con el monarca castellano, siempre estaba pensando en el rey, al oír los golpes se echó en tierra, y abrazándose á las rodillas de la huérfana de Avendaño, la pedía favor en su cuita, impidiéndola al mismo tiempo que recorriese los cerrojos.

Mucho trabajó Doña Inés, para desasirse de la dueña, y conseguido que lo hubo, abrió la puerta al buen Enrique, quien se precipitó en la estancia.

—Muy bien venido, leal Enrique, dijo Doña Inés con bondad. ¿Qué felices nuevas me traes?

—Todo está dispuesto, señora, y de aquí á una hora mi señor vendrá para conducirnos al campo.

Al decir el paje estas palabras, un relámpago alumbró la estancia, y la detonación de un trueno le siguió tan de cerca, que bien dejaba colegir la proximidad de la nube.

—¡Alabado sea el dulcísimo nombre de Jesús! dijo la dueña santiguándose. ¿Has reparado, joven paje, en ese relámpago tan vivo y en ese trueno tan espantoso?

—Ya lo he reparado, Beatriz.

—¿Y pretendéis que caminemos en una noche como esta?

—Así ha de suceder sin falta.

—Dile al infante tu señor, continuó la dueña, que he dado mi leche á Doña Inés, que la he cuidado muchos años, que la estoy sirviendo de madre, y que no permitiré que salga con una noche como esta.

—Calla, Beatriz, repuso la huérfana. Dí, paje, á mi esposo querido, que estará dispuesta á seguirle.

—¿Y no reflexionas, Inés mía, que estás espuesta á perecer en una tormenta tan brava?

—Saliendo al campo, puedo perder dueña, según vaticinas, la vida: quedando en el castillo, puedo perder, Beatriz, la honra: la elección no me ofrece duda. Sítemos tanto á ese granizo que nuestros cristales azota, puedes quedarte en tu aposento; pero ten presente, Beatriz, que esos cristales lo resisten, y que no debemos ser mas frágiles que los vidrios de las ventanas. Repite á tu señor, Enrique, que dispuesta me hallará á seguirle.

—Así lo haré, hermosa señora, y el cielo vele por los dos.

Enrique salió en el momento, volvió á cruzar los corredores, y llegó al aposento de D. Juan. El infante le hizo repetir una por una todas las palabras de la huérfana, y satisfecho hasta el extremo de la decisión de su esposa, mandó al joven paje que fuese á la habitación de Fortun para apresurar la partida.

Al bajar Enrique la escalera creyó percibir algunos pasos; pero no le permitieron las sombras distinguir á nadie, y los pasos se suspendieron. Cruzó el ancho patio del castillo y entró en la estancia de Fortun, cuya puerta se hallaba entornada.

—Mucha prisa tiene el señor paje, dijo el montero, según apresura las horas; y si los pájaros no vuelan no será por falta de celo.

—Así es la verdad, repuso Enrique; y cuando un corazón hidalgo se abre á otro corazón también noble, debe esperar afán continuo y la mas leal cooperación...

—Habeis hablado por supuesto con el real tigre.

—Se confía á la lealtad del viejo lobo; y así que estén seguros los caballos, le esperaréis en este sitio.

—¿Esas son sus órdenes?

—Sí: pero malgastamos el tiempo, y es hora de obrar, si gustais.

—Me parece justa esa impaciencia. Tomad, señor paje, esas pieles y seguidme por esta puerta.

Alcanzó Fortun su vieja lámpara y precedió al paje por la puertecilla secreta que del aposento del montero comunicaba con la caballeriza del castillo. Enrique le siguió en silencio, y de esta manera llegaron al término de su viaje.

El caballo tordo de D. Juan relinchó alegremente á la vista de su joven amigo, y el paje se apresuró á envolverle las herraduras con esmero

CAPITULO XIX.

La voce del mio cor per l'aria sento:
Ove mi porti temerario! china,
Che raro é senza duol troppo ardimento,
Non temer, rispond'io, l'alta ruina,
Fendi sucer le nubi, e muor contento
S' il ciel si illustre morte ne destina.
LUIGI TANCILLO.

Es la media noche. La tempestad sigue en aumento, y el silbido de los huracanes perdiéndose entre las almenas, remeda roncadas carcajadas, tristes ayes y mal apagados suspiros. El granizo crece en tamaño, y los vidrios rotos á su impulso dejan penetrar un aire húmedo é impregnado de varios betunes. Cada trueno produce un rayo, cuya luz rojiza se confunde con la de la lámpara que alumbraba el corredor próximo al aposento de la huérfana.

Dos sombras se han visto vagar, y perderse luego en un paraje mas oscuro.

Doña Inés ora en su aposento; Beatriz reza, y á cada trueno se santigua con gran terror.

D. Juan ha ceñido su daga, y cubierto con ancha capa atraviesa los corredores para llegar al de su esposa.

Todo el castillo está en silencio: no se percibe ningun paso, y al atravesar algun aposento se oye el ronquido del que duerme sin amores y sin afanes.

La imaginación del infante se dilata por el espacio: recorre risueñas praderas, y se retrata un porvenir lleno de ventura y de amor. Sacudida su esclavitud, como una losa sepulcral, respira perfumado ambiente; y soñando con las batallas, se arranca la corona mural para ofrecerla á Doña Inés. El mundo todo se embellece, la naturaleza sonríe, y Dios mismo desde su trono bendice la unión de dos almas.

D. Juan ve en el lucir de las centellas radiantes antorchas de himeneo: en el bramido del huracán las preces y los juramentos, y en la solemne voz del trueno las de sus padres, que confirman las del sacerdote que los une.

Lleno de tan dulces ideas llegó el infante al corredor, que conducía hasta el aposento de la huérfana de Avendaño, y al ir á llamar á su puerta, vió interponerse un embozado, que le atajaba su camino.

—¡Atrás! dijo el infante sin turbarse.

—¡Atrás! repitió el rey D. Pedro.

Al conocer la voz del rey toda la sangre de D. Juan se reconcentró en su cabeza, y ahogada la voz por la ira no pudo replicar palabra. El rey se aproximó mas al infante, y descubriéndose el embozo le dijo con risa burlona:

—¿Me conoces, querido hermano?

—Muy bien te conozco, D. Pedro.

—¿Y quieres, D. Juan, confiarme lo que te conduce á este sitio?

—Sí, hermano mio; nos hemos colocado en un punto en que fuera vano el secreto. Vengo á buscar á Doña Inés para conducirla á Aragon.

—¿Y por qué causa, querido hermano?

—Porque la huérfana del comendador de Castilla y el huérfano del rey Alonso, no deben vivir entre prisiones bajo el capricho de un tirano. Porque el rey D. Pedro ha visto á Inés y la ha requerido de amores. Porque eres capaz, hermano mio, de atentar al honor de Doña Inés. Porque has mamado con la leche toda la liviandad de tu madre. Por todo lo que acabas de oír, rey D. Pedro, estoy decidido á llevármela, y mi decision ha de cumplirse.

D. Pedro se mordía los labios, pero manifestaba calma; y con una frialdad extraordinaria solo le respondió á su hermano:

—Al servicio del rey conviene, que la huérfana del comendador y el huérfano del rey Alonso no salgan, D. Juan, del castillo, y permanecerán en sus muros. El rey D. Pedro ha sentido amor por la hermosísima Doña Inés, y no la gozará otro amante. Porque he mamado con la leche toda la liviandad de mi madre, pondré á mis plantas el honor de la altiva Inés de Avendaño. Y cualquiera que sea tu decision, como no cumple á mi deseo que se realice, tendrás que desistir, hermano.

—Te has equivocado, D. Pedro; vine decidido á cumplirla, y se cumplirá, ¡vive Dios!

—¿No sabes, hermano, que soy rey?

—De nada te sirve la corona. Todo el castillo está en silencio, y aquí solo estamos dos hombres, tan aislados como dos cadáveres en el frío seno de una tumba. Tu potestad y tus soldados no pueden venir en tu socorro, y al atravesarte en mi camino, me proporcionas la venganza.

—D. Juan.

—No hay remedio en la tierra. Aquí yo soy mas poderoso, y la sangre de D. Fadrique pide á su hermano Juan venganza.

—¿Estás delirando, D. Juan?

—No, D. Pedro, añadió el infante cogiendo la diestra del rey y desenvainando su daga: esta daga fué del gran maestro, esta daga traspasará tu corazón.

—Este ballestero es Garcí-Díaz, dijo el monarca estendiendo su mano izquierda, y su maza fué la primera que hirió al bizarro D. Fadrique.

La daga del infante dirigida al pecho del rey, rasgó los vestidos del Monarca; pero no logró penetrar por la menuda cota de malla que llevaba bajo sus ropas. La pesada maza del ballestero dividió el cráneo del infante.

—¡Adios! Inés, dijo D. Juan.

—¡Esposo mio! exclamó la huérfana apareciendo.

—¡Véngame! murmuró el infante al mismo tiempo de espirar.

Los sesos de D. Juan salpicaban el pavimento y su sangre había enrojecido las vestiduras de su hermano.

Doña Inés, con los ojos fuera del cráneo, los brazos tendidos hácia el infante y la respiración afanosa, no derramaba una sola lágrima, ni articulaba una palabra. El rey D. Pedro había retrocedido algunos pasos, mientras el ballestero de

maza miraba impasible la última convulsion del muerto.

A pocos instantes apareció una débil luz en el extremo del corredor, y vino á aumentar aquel cuadro D. Lope Perez de Hinestrosa.

—Señor, ¿qué habeis hecho? preguntó aterrado el alcaide.

—Vengarme, y apagar mis celos, respondió el rey.

—¡Asesino! dijo Doña Inés con voz afanosa y solemne; habeis roto cuantos lazos me unian á la tierra: habeis sido muy cruel, rey D. Pedro. La vida, á los diez y ocho años, es muy odiosa para mí. Arrancádmela por piedad.

—No moriréis, hermosa Inés.

—Sí, dijo la huérfana con pasión. Si no descendéis á mi ruego, mi labio os llamará siempre asesino, y mi maldición os seguirá.

—Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.

—Reflexionadlo, rey D. Pedro. Ese muerto me ha encomendado su venganza, y yo la tomaré cumplida. No os consideréis á cubierto guardándome entre las prisiones: lograré romper mis cadenas, y descorreré los cerrojos.

—Desde este instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningún caso, ni por ningún motivo, señora.

—¡Oh! ¡D. Pedro, D. Pedro! os seguiré como una sombra.

—Y yo buscuré las ocasiones de desgarrar vuestro corazón.

—Nuestra batalla será terrible.

—Acepto el desafío, señora.

—Seré vuestra sombra, D. Pedro.

—Y yo el verdugo de cuanto ameais.

—Don Pedro hizo una seña á Garcí, y ambos se alejaron al punto.

—Nada me queda ya en la tierra, dijo Doña Inés abatida.

—Estoy aquí, replicó D. Lope. Yo, Doña Inés, que os idolatra.

—Callad, callad: es mi destino ser la sombra del rey D. Pedro.

SEGUNDA PARTE.

SANTA MARIA DE LAS HUELGAS.

CAPITULO I.

Un recuerdo de amor que nunca muere,
Y está en mi corazón, un lastimero
Tierno gemido que en el alma hiere,
Eco suave de un amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste, con tu luz querida,
La dorada mañana de mi vida.
ESPRONCEDA.

—Es en valde, D. Lope, en valde. Mi resolución está tomada, y todo el poder de los hombres se estrella contra mi valor.

—Así hablaba Doña Inés de Avendaño al antiguo alcaide de Carmona. Mas como al finalizar la primera parte quedaron en aquel castillo, ante el cadáver de D. Juan, que iluminaban los relámpagos, no será fuera de propósito participar á los lectores el año y sitio en que á la sazón nos hallamos.

Con mucha rapidez discurren las horas de nuestra existencia, y las arrugas se prolongan antes de contar nuestros años. Mas de seis habian transcurrido desde el veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, día de la muerte del infante. Estamos á diez y seis de marzo de mil trescientos sesenta y seis y en la ciudad de Calahorra.

Triste es el aposento de la huérfana: vestido de negros tapices, mas bien parece un mausoleo que la morada de los vivos. Sitiales de brocado negro armonizan con los tapices, y sobre una mesa con tapete de la misma tela y de color rojo se percibe una rica daga, ante la cual arde una lámpara. Un bucle de cabellos negros ocupa el centro de un gran relicario de oro, y están enlazados á un hueso de la parte superior de un cráneo. En el relicario se lee: "cabellos del infante D. Juan, hijo del rey Alfonso Onceno, asesinado por su hermano D. Pedro, Primero de Castilla, en la fortaleza de Carmona el día veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve. Estos cabellos serán enterrados con el cadáver del rey D. Pedro el día que muera, como se lo predijo un piadosísimo sacerdote, bajo el puñal de D. Enrique, que ha de sucederle en sus reinos." Nada mas notable ofrecía el aposento de la huérfana.

Doña Inés habia variado mucho en el trascurso de seis años: sus mejillas mas descarnadas, tenían una palidez tan diáfana que se traslucian todas sus venas; y una pequeña mancha purpúrea en la parte superior del carrillo hacia muy marcado contraste. Sus ojos, siempre negros, habian menguado su esplendor; pero mas abiertos y prominentes, tenían una inmovilidad siniestra, hija del dolor y la fiebre. Su nariz se habia prolongado, y sus labios estaban secos, muy delgados y muy marchitos. ¿Continuaba siendo hermosa la huérfana? Para los amantes de las formas; para los admiradores de una tez con el terciopelo del albéchigo; para los que buscan una mujer rebosando placer y vida, mucho habrá perdido la Avendaño. Para los que buscan en los ojos un espejo hermoso del alma; para los que consideran la vida muy larga, y muy fugaces los placeres; para los que estrechan una mano, y no contemplan su tersura, su carnosidad ni su color; para los que leen el pensamiento, y se extasían interpretándolo, mucho habia ganado Doña Inés.

Aquel dolor tan permanente, aquel vivir en su memoria, aquel amor tan homicida era mas hermoso mil veces que las Vénus y las Madonas; y aquella flor sin colorido, sin perfumes y sin frescura, mas interesante y mas bella, que la rosa de los jardines, que la amapola de los prados.

Para gozar en el dolor es necesario haber sufri-

do hasta calcinar las entrañas; pero estos goces de amargura son sublimes porque envanece, y deliciosos porque aniquilan.

Cerca, muy cerca de la huérfana estaba D. Lope, que habia envejecido en los seis años de una manera sorprendente. Sus cabellos habian merchado de tal modo, que apenas se contaban algunos sobre las sienes y en la parte inferior de su cabeza. Anchas y profundas arrugas atravesaban horizontalmente su frente calva, y habia tomado su tez pálida el amarillo sucio de un mal guardado pergamino.

Puesto de hinojos ante Doña Inés, la repetía por la vez milésima su plegaria, siempre la misma, pero mas triste cada hora.

—Tened, señora, compasion. Mis ojos no tienen ya lágrimas, y brotan sangre sus pupilas: mi lengua solo sabe rogar, y mi pensamiento constante me ha puesto loco, Doña Inés. Siete años hace que yo os ví. Estabais fresca como las clave-linas y fragante como la azucena: os adoré y supe callar: hoy estais mustia y deshojada: os idolatro y lo confieso. Amabais á un bizarro infante...

—Le amaba entonces como á un hombre, hoy le venero como á un mártir.

—Yo veia crecer vuestro cariño, tenia horribles celos y callaba. Cuando me pidió vuestra mano se desvaneció mi cabeza, mi corazón se hizo pedazos, y con todo callé, señora. Vino el monarca de Castilla.

Maldecid su nombre, D. Lope.

—Sí, le maldigo, porque os ama. Llegó el monarca de Castilla, me dió como nueva indiferente la muerte de mi hermano Juan, y mi rostro quedó tranquilo; mas cuando me dijo que os amaba, apreté dos veces la daga para traspasarle el corazón.

—Si lo hubierais hecho, Hinestrosa, el infante D. Juan viviria, y seriamos los dos felices.

—En brazos de D. Juan, señora, no lo hubiera permitido nunca. No atenté á la vida del infante, porque me creia bastante fuerte para impedirle vuestra union: quise asesinar al monarca, porque mi poder ante el suyo era una arista que se opone al vendaval que se la lleva. ¡Piedad! señora, de un anciano que llora como un tierno niño.

—¿Recordais, señor de Hinestrosa el día veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve?

D. Lope bajó la cabeza y no replicó una palabra.

—Habitábamos el castillo de Carmona; era la caída de la tarde; yo estaba pensando en D. Juan. Sentí pasos en mi aposento, érais vos. Me digisteis que el rey D. Pedro deseaba tener una entrevista con la huérfana de Avendaño: yo me postré ante mi tutor como vos lo estais ante mí.

—Callad por piedad, Doña Inés.

—Yo me postré ante mi tutor, y le dije con triste llanto: "Todo lo conocéis señor; no puede seros un misterio mi situación hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño, la misma misión que mis pa-